

en tu vida interna, en la personificación absoluta y plena de Blanche Dubois. Tu inteligencia olvidó también una absurda puerta inexistente que se habría o se cerraba según recordasen o no hacerlo los demás actores, pero que la mayor parte del tiempo la cruzaban como ectoplasmas.

Has triunfado, querida amiga Beatriz, en mí. Puedes estar satisfecha de ello, porque soy uno de los personajes más complicados y difíciles que hayan salido de la imaginación de un autor dramático. Has demostrado que eres también Actriz. Fedra, que está a mi lado ahora mismo, me dice te sugiera la interpretes a ella. Creo que es una buena sugerencia. Te mando mis parabienes y un fuerte abrazo, rogándote los hagas extensivos a Mónica Serna, quien es la única persona de las que te rodean, que te da la réplica justa. Las demás sólo tienen buenas intenciones, pero a falta de director, no las lograron.

*Blanche Dubois*

10 de agosto de 1969

#### CARTA DE VARIOS AUTORES A LOZANO DANA

Estimadísimo señor:

Jacintillo Benavente, cuyo espíritu gusta aún de recorrer la mayor parte de los teatros de la Tierra, llegó muy agitado ante nosotros una noche en que tocaba sesión y presidía los debates el ilustre autor italiano Darío Nicodemi, sirviéndole de secretario el también italiano y también ilustre don Gabriel D'Anunzio. Esa noche se discutía si iba a ser o no admitido en nuestra Asociación, cuando le toque venir a estas regiones, al autor mexicano Luis G. Basurto. Estaba en uso de la palabra, para apoyar el ingreso a discusión, don José María Pemán, cuando el siempre inquieto Jacintillo irrumpió como una tromba y pidió al presidente el uso de la palabra con carácter de urgente. Nicodemi sonrió y pidió disculpas a Pemán, quien persignándose, interrumpió su monólogo lleno de citas teológicas y fue a sentarse a la nube que le servía de

escaño. Benavente, con la voz cortada por la emoción, nos relató que acababa de asistir a un estreno en México en el que presencié uno de los más selectos y hermosos ejemplos del género que todos los que pertenecemos a esta H. Asociación cultivamos en vida: el melodrama. Con tal entusiasmo y pasión se expresaba Jacinto, que el propio don José Echegaray le preguntó si acaso se había resucitado alguna de las piezas que le merecieron el Premio Nóbel, mientras que Alejandro Dumas, hijo (el padre no es miembro de la Asociación) tuvo un fugaz brillo en los ojos al pensar que en la Tierra se representaba de nuevo *La dama de las camelias*. Pero bien pronto Benavente los sacó de su error explicando que la sublime pieza de melodrama que acababa de ver no había salido de la pluma de ninguno de los allí presentes, ni tampoco de la de Luis G. Basurto, Wilberto Cantón o Alfredo Parada León. ¡Se trataba de un nuevo autor argentino radicado en México quien resucitaba nuestro amadísimo género y era poseedor de todos los recursos necesarios para crear un buen melodrama! Confesamos a usted que nos resistíamos a creer semejante portento, y con mayor razón cuando supimos que era usted una persona joven. Sin embargo, de Benavente se puede dudar en muchas cosas excepto de sus conocimientos teatrales y sobre todo, melodramáticos, de manera que después de someter a la asamblea a una muy rápida votación, por unanimidad resolvimos asistir en masa a ver la pieza titulada *La viuda blanca*, de la que es usted autor.

Con agrado nos dimos cuenta que el enorme salón del Teatro Insurgentes estaba lleno de un público bien provisto de pañuelos, gotas para la nariz y para los ojos y un corazón abierto a la sensibilidad más exquisita. Nosotros, como no ocupamos lugar, pudimos acomodarnos bien y gozar de su obra. ¡Oh, querido compañero Lozano Dana, puede usted tener la plena seguridad de que el día que llegue usted a esta dimensión (que deseamos no sea muy pronto para que el mundo obtenga un mayor número de sus producciones teatrales), será elegido de inmediato presidente vitalicio y doctor *honoris causa* de nuestra asociación! Nadie mejor que usted se merece tales honores, puesto que el escribir un melodrama en pleno 1969, con todos y cada uno de los recursos, trucos, golpes efectistas, mutis de aplauso, frases rimbombantes,

situaciones distorsionadas hasta el paroxismo, pasados femeninos pletóricos de secretos, martirio exacerbado de la protagonista, hijos que no lo son, repudios, arrepentimientos, sollozos, amores tardíos, ¡todo, todo lo que nosotros intercalamos en nuestras obras, está en la de usted! Y esto, repetimos, por la importancia que tiene, ¡en pleno 1967!

Nosotros, los grandes melodramistas, escribimos y cultivamos ese género porque tal era la corriente de nuestra época, y porque estábamos seguros —y lo seguimos estando— de que es el mejor teatro que se ha escrito, pero escribir un melodrama en los tiempos que vive la humanidad, y además conscientemente, es decir, que se sabe lo que se está haciendo, el peligro que se corre, y sin embargo, valientemente lanzarse a la palestra y decir: “Señores, salid del error: el melodrama no ha muerto. Atacadme, vituperadme, ridiculizadme, pero ved la verdadera razón de escribir para el teatro: el salón está lleno a reventar. Ningún autor que se respete escribe para vosotros los que creéis haber superado el sentimentalismo, para los que pensáis que el hacer llorar al público a base de falsas situaciones no es ya válido, los que miráis con desprecio un género que no morirá nunca mientras existan señoras, y niñas cursis, los que llamáis a mi melodrama, arrugando la nariz, ‘telenovelón’, sin pensar que estáis vituperando al mismo tiempo a los grandes escritores de folletín que tenéis en vuestros librerías.

”¡No, yo no escribo para vosotros, fariseos con cuello de tortuga y encajes en la pechera, que leen libros que nada dicen y que son tan sólo acumulación de palabras, y que ven un teatro híbrido, ‘simbólico’, en el que se os engaña a base de luces y de música estridente! ¡Yo escribo para el público, para esas almas tiernas, sencillas, sensibles, que aún tienen la pureza de corazón necesaria para creer que mis situaciones dramáticas pudieron haber ocurrido! ¡Para ellas escribo yo a través del teatro, de la televisión, del cinematógrafo, de las novelas ilustradas! ¡En el mundo caótico en que vivimos ahora, más lícito es hacer llorar mostrando el pasado inexistente de una abnegada madrecita mexicana, que con el recuerdo de una bomba atómica pendiendo sobre nuestras cabezas! ¡El ayudar a evadirse de una realidad aplastante a los espectadores para introducirlos en una ficción

sentimental, inocua, fácil, es la labor del verdadero dramaturgo! ¡Burlaos, pues, de mí cuanto queráis! Yo os contesto con una sola frase: Mi teatro está lleno.”

Todo eso puede usted decir con la frente bien alta, querido Carlos, como lo decimos nosotros que sabemos que no fue usted sincero al escribir *La viuda blanca*, puesto que tan sólo fue un medio que se propuso para ganar dinero y para demostrar la difícil facilidad de escribir a estas alturas un melodrama; lo perdonamos de corazón porque también nosotros quizá no fuimos muy sinceros cuando fraguamos nuestras situaciones que harían llorar a los espectadores. Pero cultivamos un género y a él nos entregamos con pasión, como usted. Y podemos asegurarle que es un género muy importante y nada fácil.

Doña Amparo Rivelles es la continuadora, la única quizá, de María Guerrero, de Mimí Aguglia, de Sarah Bernhardt, de Virginia Fábregas. Posee esa maravillosa cualidad que sólo se da en las grandes actrices, de proyectar hasta la médula de los huesos de los espectadores un sentimiento que no se está sintiendo. ¡Para que después de nosotros y de las actrices mencionadas haya nacido un señor ruso apellidado Stanislavsky que trastocó por completo el sentido que por tantos siglos tuvo la representación escénica! Allí, en Amparo Rivelles, está la negación de sus teorías. La señora es una excelsa actriz sin necesidad de recurrir a las “vivencias” con que se llenan la boca los dramaturgos y actores del siglo xx. Y lo mismo puede decirse de doña Alicia Montoya —hija de tigre, tigresa— y del siempre joven don Enrique Aguilar, y de la señorita Betty Catania. Lamentamos que exista un lunar en la obra de usted, y lo es el joven don Julián Pastor, quien demuestra que por leer autores modernos y sentirse dentro del movimiento moderno, no tiene idea de lo que es el género melodramático, y piensa que con gritar desafortunadamente se puede proyectar ese suave y reptante matiz que llega hasta las últimas fibras del corazón humano.

¡Qué bella escenografía de don David Antón, aunque para nuestro gusto le hiciesen falta muebles, muchos muebles, y palmeras en macetas, y cortinajes de terciopelo rojo, y un enorme escritorio de cortina! La dirección escénica es excelente, y vemos con placer que se debe también a usted, porque recalca las situa-

ciones con gestos y actitudes, y salidas de escena a base de una pequeña escalera (siempre de mucho efecto). Tan sólo quisiéramos hacerle notar, amigo Carlos, que las chequeras generalmente no se guardan dentro de las cajas fuertes. Es como si para extender un cheque tuviese uno que ir a pedirlo al banco. Por lo demás, todo es magnífico, y no nos cansamos de felicitarlo. ¡Ya podemos contar desde ahora con un nuevo miembro en nuestra Asociación! Y esto es motivo de júbilo para nosotros, porque en los últimos años recibimos ya muy pocos. Lo esperamos con los brazos abiertos, y mientras tanto le enviamos una gigantesca corona de laurel que ceñirá con orgullo las sienes del abanderado del melodrama.

*Darío Nicodemi, Gabriel D'Annunzio, José Echegaray, Martínez de la Rosa, Alejandro Dumas hijo, José Ma. Pemán, Angel Guimerá, Pablo Giacometti, Jacinto Benavente, Joaquín Dicenta, Victoriano Sardou (siguen firmas en número de 543).*

17 de agosto de 1969

### ¡AH QUÉ MUCHACHAS!

Esta crónica debería ser sobre la “comedia musical” (???) intitulada *¡Ah qué mujeres!*, que es una copia descarada de *Mujeres*, original de doña Clara Booth Luce, pero que se hace aparecer como obra de una tal María Julia Casanova. ¡Se ha descubierto otra manera de ser genio y de robar los derechos de autor! Por lo pronto, yo tengo listas varias obras que pongo a disposición de los señores empresarios, y que son, entre cien mil más, las que siguen: “¿Cuánto cuesta?”, libreto de Luis Reyes de la Maza (en realidad es *El precio*, de Arthur Miller). “¡Ah, qué Don Juan”, libreto de Luis Reyes de la Maza (se trata de *Don Juan Tenorio*, de José Zorrilla). “¡Qué miedo me da doña Virginia!” (*¿Quién teme a Virginia Woolf?*). “Use vaporrub” (*Después de la caída*, de Arthur Miller). “Su Majestad ha estado malito” (*El rey se muere*, de Ionesco). “El señor de la tinta” (*El hombre de la*